

¿Qué puede ofrecernos hoy la religión?

Ángel Barahona

Filósofo. Miembro del Consejo de Redacción de *Acontecimiento* y del Instituto Emmanuel Mounier.

La forma de la pregunta es intencional. En un mundo como el nuestro, donde todo se mide por la eficacia, con criterios prácticos; y casi siempre según un cálculo previo de beneficios, se hace necesario cuestionarnos si lo religioso puede someterse a ese esquema con la esperanza de poder competir lealmente con las ofertas que merodean en el mercado actual buscando clientes.

El cine nos pone de moda el budismo: una religión absentista, que huye del sufrimiento por medio de una filosofía curiosa, a medias entre el epicureísmo y el estoicismo.

El telediario nos pone en todas las comidas, cuyo horario nos programa, el Islam: siempre en forma de muerte. ¿Será que, tras honrosas excepciones, oculta una religión de violencia y de muerte? ¿Será que huye del sufrimiento de lo cotidiano, yéndose hacia adelante, matando antes de ser matado? No digamos el judaísmo.

Desde la publicidad, parece que el sufrimiento es una cuestión de cosmética y de cuidados del *body* con *milk*. No pasa nada, nadie se arruga, las modelos siempre están igual, y en ese presente vertiginoso y espúreo sólo yo envejeczo y no atraigo a nadie porque no hago *footing*, no tomo yogures, no me visto en El Corte Inglés. ¡¡Pobre de mí, qué raro soy!!

Desde el gremio de los científicos, se nos trae la magia de las nuevas tecnologías, siempre más capaces, más chiquitas, más portátiles, más volátiles y bullangueras. La novedad es pura apariencia, sólo se trata de cambio en las formas, en la capacidad, en la efectividad y en la rapidez. Al final, no viene a ser más que una extensión fantástica de las mediocres posibilidades de nuestros sentidos.

Desde el gremio de las éticas, los productos son cada vez más fragmentados, más relativos, más utópicos, más fantásticos y, a la vez, más modestos (tanto la reacción de huir hacia adelante como hacia dentro, o hacia atrás, manifiestan la misma incapacidad de retornar a mirar hacia arriba). La confianza en la razón es cada vez más parecida a la del niño mimado que, acostumbrado a todo tipo de caprichos, espera que el último, la luna, le sea también concedido. No esperan lo celeste, sino a lo sumo un proyecto biosferano intratelúrico. No se plantean cuál de los dos puede ir más lejos, porque ya lo tienen resuelto. El celeste no lleva a ninguna parte; sin embargo, el terrestre nos lleva a la vuelta de la esquina de un edificio de esquinas infinitas. La soberbia de la ética nos permite alardes prestidigitadores hacia el futuro: que si una comunidad de hablantes universal, que si una reconciliación pactada en

el interregno de las razones para una vida virtuosa, que si la propuesta del retorno a una vida animal bajo el pretexto de lo natural (una sociobiología que asuma la violencia), que si el consenso sobre las condiciones del diálogo, etc. Que si neo-interpretaciones de las ancestrales definiciones de la justicia. Neo-aristotelismos que se aprovechan de la ignorancia del común de los mortales. El último grito de la «concentración parcelaria»: la ética de mínimos ecléctico-universal.

Las sectas, las religiones alienantes, las mil y una insulas baratarías de los paraísos terrenales filosóficos. Todo vale-nada vale o vale lo mismo. ¡¡Mentira!!

A algunos escandaliza este lenguaje. Toda una vida educándonos para no sufrir, aprendiendo estrategias de huida, buscando la verdad «ultratélica», para no encontrarla donde está, tan cerca, en la enfermedad; en los que van cayendo a nuestro lado en esta guerra por la supervivencia, en las arrugas, viviendo sin haber vivido, siempre ahorrando energía comunitaria para derrocharla e individualizarla.

La verdad es esplendente: todo hombre, por una u otra razón, sufre. Y eso no es relativo ni depende de las circunstancias, es universal. Por eso, la fe que no pretenda ser universal no es más que ideología, mal que nos pese.



Una religión que no pase por la cruz es un mito, un ídolo, una alucinación. Si «todo vale», entonces «nada vale» que merezca la pena. La participación esclarecedora en este misterio, guardado en secreto durante siglos, es ahora manifestado por las Escrituras, que no tienen reparos en proclamarlo: toda luz gira en torno a la cruz. El sacrificio está en el inicio de toda reconciliación. Cada vez más, ésta es más perentoria, más inaplazable, más añorada.

Los «principados y las dominaciones» sólo conocen la vieja solución de la violencia *in crescendo*. ¿Habrà otra solución?

Toda religión que se precie de su amor al hombre, que le muestre el rostro del sufrimiento y, sin embargo, trate de ocultar o minimizar el pecado y sus consecuen-

cias, es una alienación, y esto no es pesimismo antropológico: o le muestra el rostro de la alegría de la vida resucitada o es una simple tumba en vida o una máquina de generar violencia. Así pues, no es ser pesimista contar con la realidad de la caída, por un mal uso de la libertad, es la condición *sine qua non* del valor de la vida: el que da la vida por los que sufren sabe de qué pasta está hecho él y el que recibe la donación, y cuál es el diagnóstico de su dolor, allende lo físico, y su terapia: entregar su propia vida por él.

Decía Pasteur: «No te pregunto por tu opinión, ni por tu religión, dime cuál es tu dolor». Si crees, dime la verdad, y si no ves que la verdad es la muerte, mejor que nos callemos. Hasta verla pasar por delante de tu puerta, no sabes nada de la vida. La verdad

no hace falta que sea expresada. Esto parece una paradoja, pero ésta tiene resolución: una vida de donación donde no llega la dilatación aplazadora, siempre aplazadora y lingüística, de la ética. La donación es sinónimo de experiencia de la eternidad. Viejo aforismo: si sigues pensando cómo resolver la incomunicación o el sufrimiento, los conflictos de sangre, deja de pensar en el significado de las proposiciones... ¡Préndete, tira la escalera y dónate. Empeña tu vida en ello y te ser devuelta, aquí, ya, centuplicada en la alegría del rostro del que es amado. Todos los actos de amor son distintos, aunque valgan lo mismo: la paz.

No se puede perder el tiempo en la tarea inaplazable. Los gritos y gemidos los traen todos los viernes, el hombre llora en cada esquina. ¿Quién estará dispuesto a escuchar, en lugar de dar charlas de filosofía o de teología, siempre esotéricas? ¿Quién podrá, en medio del ruido, tender una mano, en lugar de maravillosas palabras? Quien pueda contemplar la mirada serena del único rostro que cuando te mira te da paz y descanso. Y si esto no es así, todas las religiones valen lo mismo; si no, habrá que elegir camino entre senderos que se bifurcan, con el valor de asumir el desgarramiento. Perder la vida por otro para encontrarla no es una propuesta cualquiera en el mercado de las rebajas. Hace falta un don de lo alto, porque no se trata de un juego de intelectuales. Va la vida en ello. Pero el que este tipo de muerte experimenta no es la criatura, sino el que la arrastra a la luz Perpetua... y Felicidad («Hoy estoy pariendo yo a mi propio hijo, pero mañana, en mi martirio será Otro el que me para a mí y sufra por mí»), EL QUE HA VUELTO DE LA TUMBA. ■